mujeres libres



¡Gracias, hermanos!

Hemos sido los enemigos del héroe, lo confesamos, hemos combatido al héroe; hemos huído de la exaltación del individuo a los cielos heroicos, porque para nosotros en el héroe había siempre un fraude, un engaño, el héroe era la casualidad, la vanidad, el miedo; el sentimiento—no el sentido—de lo heroico, residía sólo en las multitudes.

He ahí nuestra ofensiva de Guadalajara. No ha sido éste o aquél, aunque suenen muchos nombres; no ha sido la técnica militar, la estrategia de unos generales, la táctica de unos Estados Mayores, sino un pueblo poseído súbitamente del sentimiento heroico de su destino el que ha puesto en fuga los ejércitos imperialistas, caldos de cultivo de minúsculos héroes de estampa.

Por toda la España leal cruza un grito de aclamación. Nombres propios se encienden como hogueras en los labios del pueblo que, grande y sencillo, sigue ignorando que el héroe, el héroe único es él bajo diversos nombres: 14 División, 70 Brigada...

Clarines de gloria cortan los cielos de Iberia, banderas encendidas de sol crepitan al viento. ¡Salud! Y el Ejército Popular, el pueblo armado prosigue su avance dejando tras sí con naturalidad su victoria.

Nosotras nos inclinamos a recogerla con dos palabras emocionadas y sencillas: gracias, hermanos.



X mes de la Revolución

1 DE MAYO DE 1937

Controlados y controladores

Conjugando dos galicismos hoy muy en boga podríamos escribir la historia de nuestro movimiento desde julio hasta el presente.

Aunque la vemos escapársenos por minutos de entre las manos no podemos renunciar a la Revolución. La ganó el pueblo en las jornadas sangrientas de julio; y todas las consignas equívocas lanzadas para distraer la atención de los trabajadores no podrán hacer olvidar a éstos, como no podrán hacernos olvidar al sector femenino que tomamos parte decidida en la lucha, cuáles son los objetivos primordiales de la guerra. Porque todos sabemos que renunciar a la Revolución es aceptar la continuación indefinida de los principios esclavistas como fundamento de la sociedad. Y, lo mismo por trabajadoras que por mujeres, estamos convencidas de que sólo la Revolución puede traernos la liberación moral y económica tantos siglos esperada.

Precisamente, por este convencimiento damos la voz de alerta inquietas ante el giro que van tomando los acontecimientos. A nadie se le hubiera ocurrido dudar en julio que los trabajadores habían comenzado su revolución. La propiedad, la producción, la vida entera del país estaba en sus manos. El Gobierno, que había perdido en la revuelta sus órganos genuinos de expresión y poder —las fuerzas armadas—, estaba a merced de los trabajadores y sólo en éstos y por éstos mantenido. Derrumbado todo el aparato estatal, el Gobierno sobrevivió por gracia del pueblo que estableció en él, de momento, el nexo de coincidencia y aglutinación de todos los sectores populares atacados por el fascismo. El Gobierno dejó de ser la representación de un Estado inexistente cuyas prerrogativas de ordenador de la vida nacional habían pasado íntegramente a mano de los trabajadores. En una palabra; el pueblo *controló* en un solo día todas las acciones del Gobierno despojando a éste de poder y dejándole, únicamente, el esqueleto de una representación honorífica.

Este fué el primer error revolucionario. Porque, al mantener el Gobierno, se hizo respetando su vieja estructura burguesa y en torno a él todo el pesado aparato burocrático que lo había rodeado hasta entonces. No advirtieron los trabajadores que dejaban en pie el más encarnizado enemigo de la Revolución.

Comenzó el trabajo revolucionario; crecieron y se multiplicaron los Comités, en los cuales el pueblo iba plasmando y rectificando sucesivamente sus órganos de administración. No era una labor acelerada, sino lenta y dura, se hacía preciso andar y desandar, tejer y destejer hasta encontrar la expresión exacta de la aspiración popular, y fué a cuenta de esto que los impacientes, azuzados por la burocracia, que veía mermados sus privilegios y su hegemonía administrativa, desencadenaron una guerra sorda contra los Comités Populares.

Acto seguido comenzó el estancamiento de la Revolución. La necesidad de ganar la guerra fué manejada por determinados sectores en contra del movimiento social iniciado, solicitando para el Gobierno los máximos poderes. Día tras día las actividades de los Comités fueron pasando a los antiguos y fracasados organismos burocráticos. La organización de la vivienda, del transporte, del abastecimiento fueron arrancados a las manos de los Comités Populares so pretexto de que no aportaban soluciones eficaces, y así, de *controlado*, el Gobierno fué pasando paulatinamente a *controlador*, de mero órgano de representación antifascista fué convirtiéndose en órgano de poder, según iba arrebatando éste a los trabajadores. La creación de privilegios económicos le facilitó la estructuración rápida de una fuerza armada a su servicio, y en la resurrección del nuevo Estado comenzó el estrangulamiento de la Revolución.

Sin embargo, aun no está todo perdido si los Sindicatos saben actuar acertadamente; si no dejan que se consume el despojo y defienden su derecho a la dirección de la Economía, aun podremos salvarnos.

Y a los que nos gritan que la guerra ante todo, les responderemos: Por la guerra todo, menos la libertad. ¡Viva la Revolución!

ACTIVIDADES DE LA AGRUPACION MUJERES LIBRES

GUADALAJARA. — Por esta Agrupación se ha intensificado la confección de prendas para el frente de la provincia. Nos anuncian la próxima instalación de unos hogares escuelas y nos dan cuenta de una intensa labor de orientación y propaganda entre los campesinos, a cargo principalmente de la activa compañera María Suceso.

HOSPITALET.—Se acaba de crear la Agrupación, que está estructurando ya sus actividades: Secciones de trabajo y otras.

VALENCIA. — Han comenzado las clases de Puericultura, a cargo de la compañera doctora Amparo Poch Gascón, y las de enseñanza elemental. Se han comenzado a estructurar las Secciones de trabajo.

MADRID. — Se ha creado una biblioteca cualitativamente valiosa. En plena lluvia de obuses, siguen las clases de enseñanza elemental, cada vez más concurridas. Se ha organizado un servicio de visitadoras de hospitales de sangre, que se realiza conjuntamente con el Comité de Mujeres Antifascistas. Sigue dando los mejores resultados la Escuela de Mecánica en la que, con el auxilio del Sindicato de Transportes, practican las compañeras de la Agrupación adscritas a esta Sección de trabajo.

TORTOSA. — Se intensifica la labor de auxilio a los refugiados y la confección de ropa para los frentes.

BARCELONA. — Se ha inaugurado el Instituto Mujeres Libres —Cortes, 622—, donde ya se preparan centenares de compañeras. Se organiza en San Gervasio la primera granja-escuela. Sigue la campaña radiofónica a cargo de Nita Nahuel, Concepción Liaño, Rosa Boesa y Pilar Granjel. Organizadas por la Agrupación y en el salón de actos de la casa C. N. T.-F. A. I., han dado interesantes conferencias León Felipe y Noja Ruiz. Se ha emprendido una jira de propaganda oral, en la que han intervenido hasta ahora las siguientes compañeras: En Capellades y Lloret de Mar, Soledad Estorach; en Moncada Rexach, Olesa y Ateneo Libertario del Distrito IV, Nita Nahuel; en Badalona, San Andrés y otros, María Boada; en Horta, Concepción Llano. Han dado charlas en el propio local de la Agrupación, Pilar Granjel y las doctoras Amparo Poch y Baslard Martí.

NOTA. — Rogamos a todas las Agrupaciones nos envíen la relación de sus actividades.

MUJERES LIBRES tiene una personalidad

Desde nuestro nacimiento hemos venido registrando día tras día las pulsaciones del movimiento femenino incorporado a la causa de la Revolución española.

Nos cabe la satisfacción de haber organizado e impulsado en gran parte este movimiento. Antes de la creación de las Agrupaciones "Mujeres Libres" toda la actividad social femenina estaba adscrita a determinados grupos republicanos, donde el elemento mujer, sin relieve apenas, se mantenía en los discretos límites de una acción secundaria, como un modesto apéndice de los partidos políticos, sin ánimo decidido de traspasar las fronteras de las tradicionales actividades femeninas.

Apenas la Agrupación de Mujeres Antifascistas había logrado dar una cohesión al movimiento femenino en torno al servicio de la guerra; pero sin concretar su orientación ideológica, ni dotarla de un contenido substancialmente revolucionario.

"Mujeres Libres", en creciente desarrollo, llena virtualmente el objetivo que se impuso al nacer. En torno a nuestra publicación han ido surgiendo Agrupaciones de Mujeres y han ido robusteciéndose claras consignas de emancipación, coincidentes en todas sus manifestaciones con la acción revolucionaria del proletariado.

Hemos logrado llevar al ánimo de la mujer la conciencia clara de su hora y el convencimiento de que no son posibles acciones aisladas de reivindicación femenina, ya que ésta es sólo un aspecto de las aspiraciones generales de emancipación humana y sólo puede hallar satisfacción en el triunfo de una Revolución social, lo que nos impone el deber de sumar nuestro esfuerzo a la causa defendida por los trabajadores.

Hoy comenzamos a cosechar los frutos de nuestro trabajo. Contamos con Agrupaciones en toda Cataluña, Valencia, Alicante, Madrid y Guadalajara, en los pueblos del Sur, es decir, en toda la España libre del yugo fascista, que, actuando con plena autonomía y adaptándose a las características del ambiente, como corresponde a su orientación libertaria, trabajan activamente al servicio de la guerra de una manera coordinada y eficaz, sin que olviden por esto sus objetivos de capacitación femenina, única posibilidad de dar a nuestro movimiento todo el valor preciso para que pese efectivamente en la estructuración del futuro.

Y esto a marchas forzadas, desarrollando un dinamismo poderoso, insospechado para los cultivadores literararios de la pasividad femenina.

Estamos satisfechas; nuestra organización tiene hoy una personalidad reconocida que no piensan en regatearle ninguno de los elementos sinceramente revolucionarios que actúan en el campo de la lucha antifascista.





Vendiendo "Mujeres Libres" en Madrid

PUBLICACIONES MUJERES LIBRES

En prensa:

NIÑO, *por Amparo Poch Gascón.*

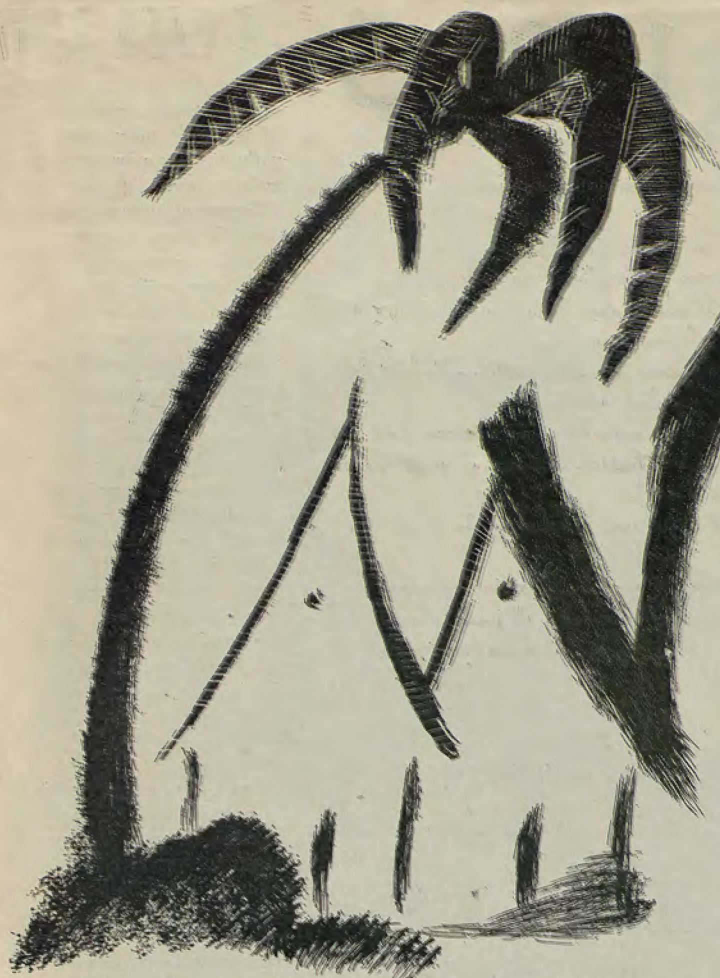
HORAS DE REVOLUCIÓN, *por Lucía Sánchez Saornil.*

LAS MUJERES EN NUESTRA REVOLUCIÓN, *por Mercedes Comaposada.*

ROMANCERO DE "MUJERES LIBRES."

Se siguen admitiendo inscripciones para las clases elementales y de Puericultura en el Instituto Mujeres Libres

Valencia



* * *

Público heterogéneo, decoración cubista, comida cara. Hay buenas paellas, langostas y champán. Han juntado tres mesas y en ella celebran algo comiendo y bebiendo sin fin. La compañera se acerca con toda la cordialidad que requiere la actividad que le han encomendado:

— Camarada, cómprame MUJERES LIBRES. Ayuda a las mujeres antifascistas.

—No me gustan las mujeres de papel.

—Ven —dice otro—, yo te compraré. Mira, si vienes esta tarde al cine conmigo, te compraré uno.

—¡Imbéciles! ¡Idiotas!...

Vamos todas en auxilio de la muchacha, que se sienta en la mesa del rincón y hace un verdadero esfuerzo por contener el impulso de su indignación.

—Seguid vosostras; yo les tiraría una silla a la cabeza.

Ya no podemos perder de vista la mesa del *suceso*. Las botellas vacías aumentan. Los hombres que la ocupan, esforzados conquistadores de aventurillas nada galantes, pero cómodas y baratas, cada vez están más borrachos. Entra un ciego con un violín y le ofrecen una copa de licor.

—No bebo.

Insisten, pretenden abrirle la boca.

—No, gracias. Prefiero que no me den nada.

—Pues toca La Internacional.

—Eso sí.

Y oímos sus acordes en un tono triste y lloroso:

¡Arriba, parias de la tierra!

::: ::: ::: ::: ::: ::: ::: :::

¡Agrupémonos todos!...

Estos hombres soeces no tienen nada que ver con aquellos otros que dieron su vida por el avance de la obra colectiva y por un futuro de mejor vivir. Nada tienen de común estos nuevos revolucionarios de insignias vistosas y chaquetas de cuero con aquellos otros, los verdaderos, los luchadores de las luchas que canta La Internacional. Ni tampoco con nuestras brigadas internacionales de ahora, hombres estoicos, correctos y valientes, que combaten en una nación con la emoción de todas las naciones, que mueren por el ideal de todas; los que luchan, los que construyen, los que caen mientras estos otros se dedican a beber.

LA HORA DE COMER

Víveres para Madrid

El hotel es de primera categoría: de 30 a 40 pesetas por persona. El salón comedor está animadísimo: la esposa del alto funcionario, la hija del alto funcionario, la hermana del alto funcionario, radiantes de una belleza que encaja en el siglo pasado, conversan con los señores de X de una mesa, con los señores de Z de otra mesa en espera del profuncionario-hombre, que siempre llega de mal humor, rendido por las torpezas y la incomprensión de aquellos que no acaban de entender el funcionamiento de un Estado en guerra.

El *Maître d'hôtel*, con una leve inclinación, presenta el menú. Entremeses: Mantequilla rusa, ensaladilla rusa, múltiples platitos con alimentos de nacionalidad desconocida, pero de la mejor calidad; lechuga y tomates valencianos. Entradas: Huevos al plato con jamón, pescado, carne que nada tiene que ver con los equinos, auténticos filetes de solomillo. Postres: Quesos, frutas; vinos, licores y café.

En un ángulo del comedor se han sentado dos enfermeras inglesas que contrastan con lo descrito. Su traje blanco no puede ser más sencillo; la ausencia del maquillaje superfluo da una mayor serenidad a la expresión de la cara; las manos actúan entre los platos con espíritu y gesto que hacen olvidar la función de comer. Casi no hablan. Comprenden las deficiencias debidas a la guerra. El camarero les presenta el menú, del que eligen un plato de carne con legumbres y un postre.

—¡Es demasiado!— dicen—. Señorita, es el menú del hotel. ¡Es demasiado! ¡Hacen falta tantos víveres en Madrid!

* * *

La pensión completa cuesta 10 pesetas. Cada habitación se ha dividido en cuatro. Si tose el de la primera fracción, hay que despertarse forzosamente y llevar a la práctica la fraternidad que exaltan los carteles de la calle; de lo contrario, no se puede seguir durmiendo, porque la tos desvela. Si el de la segunda fracción, favorecida con vistas a la calle, se levanta a las siete, los de las tres restantes tienen que hacer lo propio; la luz invade los improvisados tabiques y hay que madrugar. Vivimos en época anormal; la disciplina se impone.

Es la guerra y todo nos parece muy bien.

A la hora de comer van entrando los vecinos.

Sus respectivas familias hace ya tiempo que esperan en el comedor. Doña Agueda —con pendientes de diamantes y zafiros, con cuello y puños de puntillitas, con permanente y decoloración peluqueril y escote a lo Isabel II— platica con la hija del vicesubsecretario sobre lo perezoso que se ha vuelto el escalafón.

—A Ignacio le correspondía ya hacerse cargo de la Administración; pero de la manera que están las cosas no sé cuando va a llegar eso. Ahora cualquier advenedizo ocupa los cargos de mayor responsabilidad y nadie tiene en cuenta a los que llevan años y años cumpliendo con su deber sin extralimitarse nunca en nada.

* * *

En una mesa hay un muchacho de unos veinte años completamente absorbido por la lectura. Lee *La Traca*.

Un niño se hace explicar la película que no ha entendido la noche antes.

Las pulseras, las caras blanqueadas por los polvos, los brillantes que a toda costa quieren agrandarse, lucen en todo su esplendor.

Es la mediocridad eterna, ilusión de honrados comerciantes y burócratas ramplones. Nos recuerda un comedor de la calle de Carretas en Madrid antes de la Revolución y de la guerra.

Las niñas del bote

Dos jovencitas de pasito cursi, ojos de rimel, pecas postizas y peinado a lo borreguito, atraviesan la plaza de Castelar disfrazadas de enfermeras: toca blanca y capa azul. Por una bocacalle aparecen dos aguerridos tenientes, y las jovencitas se dirigen a ellos dejando al descubierto los botes petitorios que escondían debajo de las capas. Hablan, se ríen, se piropean, entornan los ojos lánguidamente y, por fin, la caritativa perra gorda cae en la alcancía.

Las insinuaciones, las miraditas siguen en todo su apogeo. Unos y otras han olvidado el motivo del encuentro; lo demás es lo de menos...

Los oficiales marchan ya por su camino y observamos cómo las jovencitas postulantes no se acercan ni a obreros, ni a mujeres, ni a simples milicianos: se dedican sola y exclusivamente a los "graduados".



¿Por qué la escena nos evoca la ñoñez parasitaria de cualquier capital de provincia reaccionaria? La niña a la caza del novio bajo los soportales de la Plaza Mayor, la niña postulando para la tómbola benéfica, la niña coqueteando en la verbena de caridad. ¿Será que el espíritu monjil y ramplón, los procedimientos jesuíticos y retrógrados subsisten aún en algunas niñas de la República y de la U. R. S. S.?

Carteleras permanentes

Las carteleras valencianas anuncian el mismo teatro y el mismo cine de antes del 19 de julio. Es increíble, pero es así: Aparte de algunas películas rusas, que no se les puede llamar buenas por lo tendenciosas que son, todo lo demás es igual: "Una noche de amor", "La de los ojos en blanco", "Morena Clara", "El marido de mi mujer"... Total: dos que quieren a uno, uno que quiere a dos, la mecanógrafa que se enamora del millonario, etc., etc.

¿No valdría la pena que nos empezásemos a preocupar de este aspecto social, mucho más importante que otros problemas que ocupan y preocupan a la retaguardia? Sería cosa de crear y de imponer el teatro y el cine que arrase toda esta mentecatez contrarrevolucionaria que invade las carteleras. Y, sobre todo, que nos diferenciásemos en esto: precisamente en esto, de Burgos, Sevilla y Salamanca, donde se exhiben exactamente las mismas obras que en nuestras ciudades.

REIVINDICACION

Valencia es una región rica y acogedora, extraña por completo al aluvión de señoritos burócratas que las circunstancias le han enviado. En las poblaciones próximas a los frentes se considera a Valencia como «la retaguardia» por antonomasia. Se le dedican chistes y toda clase de ironías. Y esto a Valencia en abstracto, sin diferenciar la Valencia de ahora de la de antes, de la de siempre.

Sin embargo, en Valencia hay un pueblo que trabaja intensamente por la causa antifascista; unas huertas que no paran de dar frutos para abastecer a los frentes; unas colectividades campesinas que pueden servir como modelo de organización. Y en Valencia hay también, entre esta calumniada gente de retaguardia, unos hombres y unas mujeres que desconocen en absoluto todos los aspectos agradables, frívolos, más o menos turísticos, de la ciudad, porque día y noche, del 19 de julio acá, han sostenido la lucha del trabajo con tanto heroísmo como en el más activo de los frentes.

Hay una Valencia digna de esta hora, y digna de sí misma.

MÉJICO

El barco llegó cargado de víveres y angustia de mares. Venía de muy lejos.

Sus hombres traían esperanzas y decisiones firmes.

El barco ancló en el puerto; los hombres, en tierra.

Vísperas jubilosas de Mediterráneo levantino acogieron los anhelos distantes, los anhelos hermanos.

— Tenéis permiso — oyeron los marineros. — Podéis descansar. Dentro de diez días, marcharemos.

La inquietud contenida se agrandó en un instante. Los tripulantes en tierra buscan los frentes, dejaron el mar. Unos, a Guadalajara; otros, a Teruel.

Murieron en raza de España leal. Lucharon de veras. Ganaron tres pueblos.

— ¿Dónde están los hombres? — dice el viejo fogonero.

— ¿Dónde están mis hombres? — clama el joven oficial.

— Han muerto en los campos de la tierra nuestra. Han muerto en los frentes.

— ¡Vámonos con ellos!

El barco, en el puerto, sonríe a sus hombres, espera a sus héroes.

PRISIONEROS

por Berta Gamboa

Allí, frente a la cámara, el grupo de prisioneros: dos alemanes, tres italianos, cuatro españoles, un cubano, un moro. Inmóvil, desde mi lugar estuve mirándolos una, dos, tres horas mientras impresionaban la cinta que será un grito más en los oídos del Mundo. Y tan fija retuve la mirada en ellos, que el grupo se esfumó y en su lugar surgió el miraje macabro de los ciudades y multitudes acribilladas con manos de traidores y extranjeros. Por eso, cuando se suspendió la impresión de la cinta por el mal tiempo y se anunció que los periodistas podían interrogar a los prisioneros, no pude llegar hasta ellos. Un velo negro los separaba de mí, a través del cual no pude tenderles la mano. Y algo más fuerte, mucho más fuerte que toda curiosidad, se me anudó en la garganta y me ató la lengua. (Allá, debajo de un árbol, rodeado de curiosos, el morito harapiento que no sabe más que su propia lengua, divertía a la gente levantando el puño y dando vueltas como un monito de organillo.) Guardé mi libreta de apuntes y salí a perderme por las callejuelas morunas de Valencia.

***

Al día siguiente la prueba se hizo en la cárcel de Valencia, dentro de la muralla, en la callejuela cubierta de grava se montaron los aparatos. Fueron llegando los prisioneros que instintivamente se agupaban según su nacionalidad. Se acomodaban al calor del sol y platicaban con desenfado, hasta con alegría. El último grupo llegó en medio de los centinelas. Eran tres moros. Fué el único grupo que me atrajo y fueron los únicos prisioneros con quienes sentí deseos de hablar. ¿Eran los más irresponsables? ¿Eran los más pobres? ¿Eran los más primitivos?

Hmed Ben Ali Elfasi es el morito harapiento que vi ayer. Por la abertura de la manta que le cae hasta las alpargatas, saca la cabeza pequeña, coronada por un puñado de pelos largos medio rizados. Uno de sus ojillos verdes espía por el párpado entrececerrado, y por su bocaza abierta en una sonrisa constante, enseña sus grandes dientes amarillos. No entiende español. El intérprete ayuda a entresacar el diálogo.

—¿Cuántos años tienes?

—No lo sé. Nosotros vamos viviendo años... y nada más.

—¿Quién te contrató para venir aquí?

—Un francés y un moro me ofrecieron trabajo por dos duros.

—¿Cómo hiciste el viaje?

—En un barco hasta Ceuta. Después otras ciudades. No recuerdo los nombres. Había muchos moros, pero no sé cuantos.

—¿Hay italianos y alemanes?

—No sé. todos van vestidos de cristianos.

—¿Te pagaban los dos duros?

—Solamente dos pesetas en plata. Yo era cargador de municiones.

—¿Dónde te cogieron?

—Entre una montaña y un río, en un combate horrible, en que nadie sabía lo que hacía.

—¿Tienes parientes?

—No tengo más que a Alá.

—¿Tienes miedo de que te matemos aquí?

—No. ¿Por qué? Si está escrito que muera aquí, moriré. Si está escrito que regrese a mi tierra, regresaré.

Sonríe y, para congraciarse conmigo, levanta el puño. Le pido al intérprete que le diga exactamente estas palabras: "Baja el puño ahora y no lo levantes sino hasta que entiendas lo que significa y puedas levantarlo como hombre." Asiente con la cabeza y vuelve a su sonrisa y a su silencio.

Schsen Ben Shme es de Fez. Un poco más alto pero enjuto y menudo, de ojillos muy negros y pelo cortado al rape. Dice que tiene veinticinco años, pero tiene el cutis reseco y empieza a encanecer. Ha perdido la serenidad fatalista del moro de la cabila. Ya no cree en "lo que está escrito". Se mueve mucho, está asustado y tiene gran empeño en contar su historia. El idioma español se quiebra entre sus labios temblorosos, y agita las manos en el aire.

—Yo ser soldado República dos años. Después trabajar en carretera Fomento. Poco tiempo ya no más trabajo. Yo querer volver África mía, pero en la línea no dejar pasar. Ocho días sin comer, sin dormir. Otra línea no dejar pasar.

—¿Quién te contrató?

—Un oficial español. Ofrecer tres cincuenta ser soldado. Sólo pagaron cabeza del mes, después ya no.

—¿Cómo viniste?

—En un barco a Ceuta, después muchos días tren hasta Burgos. Un día ver soldados nuestros. Correr, correr allí. Pero llegar y ellos pedir correaje. Ellos pedir arma. Díla. Y ya...

—¿Quieres volver a tu tierra?

—Sí... pero...

Mira receloso al joven oficial español que ha estado escuchándolo y que ahora se inclina para decirle: Sí, volveréis todos vosotros, a trabajar para la República, y a vivir como hombres, porque ahora habéis venido engañados.

Hmed Ben Arbe es un niño grande, alto, robusto, sonrosado. Es el tipo del rústico analfabeto. Por los bolsillos del pantalón de caqui asoman unas naranjas que él se empeña en ocultar con sus manos toscas y mal tratadas. Tiembla de pies a cabeza y no deja de mirar de soslayo a la cámara cinematográfica. Le digo a su compañero que lo tranquilice. Aquello no es una ametralladora, y lo han puesto contra ese muro sólo para que tomara el sol. Trata de sonreír, pero sigue temblando. Su compañero nos sirve de intérprete.

Vivía en Tánger. Un día andaba por la Aduana y lo metieron en un café. Después llegaron unos soldados que se lo llevaron por ladrón. Estuvo diez días en un calabozo y otro día lo metieron en un tren. Desde allí corrió la misma suerte que su compañero. Tiene veinte años. Allá dejó a su madre que no sabe nada de él.

***

Prisioneros de guerra: Ya estáis de este lado. Ya habéis visto que no hay tal "infierno rojo". El Gobierno de la República ha dado oídos a vuestra historia y ha querido creer vuestras palabras. Ha hecho por olvidar muchas cosas tremendas, sólo por deshacer el velo negro que os separaba de nosotros y, más comprensivo, más generoso que yo, os ha tendido la mano, y ha ido a buscar allá, en el fondo de vuestro ser, el átomo de humanidad —de hombría— que pueda haberse salvado de la contaminación del fascismo. A ese átomo quiere afianzarse para volveros a vuestra categoría de hombres. No le engañéis. Respondedle con la misma limpieza. Y un día bendeciréis a la España antifascista que en vez de fusilaros en masa, se empeñó en redimiros.

Valencia, 22 de marzo de 1937.

LA CASA ROTA

En la ventana, repleta
de flores de color grana
y de hierbas olorosas,
tenía su alma la casa.
A la puerta juega un niño
llena de mugre la cara;
y en la cocina sombría
una mujer trajinaba,
—olor de virtud sin baños
y de parsimonia rancia—.
El hombre lucha en el frente.
Una escopeta de caza
le sirvió de fiel amiga
en sus bélicas andanzas.
Estaba el cielo caliente;
había un sol, de mañana;
y en vacación de verano
las nubes se deshinchaban.
Motor de avión resuena
por la extensión sosegada;
roncas abejas de muerte
que zumban sobre la casa,
y la bomba cae rodando,
despidiendo luz de plata.

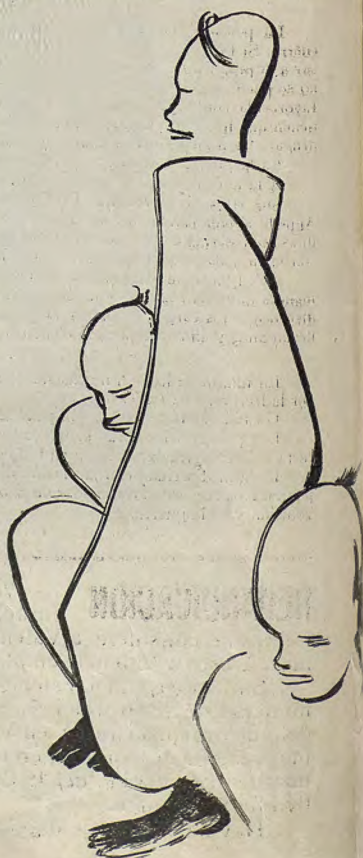
***

Ay, que la casa está herida...
Le arrancaron las entrañas,
le machacaron los huesos,
le deshicieron la cara.
La cama donde ha pasado
hambre y amor y desgana,
está mostrando sus muelles
como potra reventada;
y las ropas retorcidas
como ramas desgarradas.
Los retratos del abuelo
con su guerrera entorchada,
y la ampliación de la boda
de barro y error manchada...
Todo lo íntimo y lo triste,
todo lo escondido clama...
Ay, que la casa está herida...
La mujer que trajinaba
tiene de la mano al niño
y mira, llorosa y cándida...

***

El hombre estaba en el frente
con su escopeta de caza.

AMPARO POCH Y GASCÓN



campes



Castella

Sola, sola en mig dels camps,
terra endins, ampla és Castella.
I està trista, que sols ella
no pot veure els mars llunyans.
Parleu-li del mar, germans!

JOAN MARAGALL

Castilla.

Mitad tierra, mitad cielo.
Un solo color: el pardo de sus pájaros que contrastan contra el
como sombras simbólicas de fidelidad.
Un fruto: los trigos.
Un solo horizonte.
Su ciencia: ritmo de silencios de asceta.
Castilla es la más pobre.



CATALUÑA Y ARAGÓN

La industria y la agricultura. La industria que no quiere parar sus máquinas; el campo que no admite intermediarios y da sus frutos sin recargo. En Aragón, el pan, la carne, las patatas cuestan lo mismo que antes del 19 de julio. En Aragón, C. N. T. y U. G. T. han demostrado prácticamente las ventajas de la colectivización.

Mujer: estabas en el cam
la cabeza, esperando, resec
esclava. Estabas esperan
tribucionero... Todas las
igual, lastimoso, hab
diable...

¡Ay, la brisa nu
tedoras. Tú bajas
rozado como una
Tierra nuestra, a

¿Te acu
¡Campesin
adornaba
Ter
za en
gros
era
a



VALENCIA.—La región inagotable. El gran frente de guerra, el que sustenta a los frentes en armas con el producto generoso de sus cuatro cosechas, con el trabajo infatigable de sus hortelanos.

Esta es una lucha menos es
truendosa, pero es, ta
bién, hero
y de

Congreso de Campesinos de la Región Centro

En el Teatro Lara de Madrid, rodeados de carteles con frases como éstas: "Un buen libro es una buena posición arrebatada al enemigo", "Honor y gloria a los héroes", "Educación premilitar y movilización general", etc., han celebrado su Primer Congreso los campesinos castellanos, en el que ha quedado constituída la Federación de Campesinos de la Región Centro.

El secretario general, Eugenio Criado, dirigió la palabra a los congresistas. De su discurso son estos párrafos:

"En tanto no podemos romper por hoy las trincheras fascistas que impiden dar a nuestros compañeros campesinos un abrazo, hagamos llegar hasta ellos por medio de la radio nuestros proyectos, nuestro entusiasmo y nuestra energía y tesón de ir a liberarlos."

... ...

"Ese zigzag de trincheras que abren en hendiduras nuestra tierra, están repletas de nuestra muchachada campesina. Del campo ha desaparecido la alegría bullanguera de los mozos, para llenar de héroes los campos de batalla."

... ...

"El régimen burgués nos lega una región deshecha en todos sus aspectos, a la que nosotros, con la Federación Regional de Campesinos, hemos de dar forma, pujanza y vida."

... ...

"Somos dos Federaciones que recogen en su seno la totalidad de los parias liberados del agro. Y ahí está, rubricado por todas las Delegaciones, el acuerdo unánime y sencillo de invitar a nuestra Federación hermana para que rubrique con nosotros la alianza cordial que debe aunarnos y hermanarnos."

esinas

EL CAMPO, PARA GANAR LA GUERRA Y LA REVOLUCION

CAMPESINOS: ¡HAY QUE TRABAJAR SIN DESCANSO HASTA LA VICTORIA!

s.

ALL

s que contrastan contra el azul

asceta.

No os asusten las palabras, compañeras del campo. MUJERES LIBRES, nuestro nombre, sólo expresa una finalidad a conseguir, una limpia ilusión.

Campesinas: tenéis que vencer a la rutina; vuestros hijos deben ir a la escuela; vuestras hijas deben tener una preparación que las libere, tanto de la aguja de crochet señorit[il] como de la explotación de su sudor sobre la tierra.



Mujer: estabas en el campo, siempre con los brazos extendidos, siempre en alto la cabeza, esperando, reseca, negra y triste, como una planta más, desgraciada y esclava. Estabas esperando siempre: la nube, la tormenta, la inundación, el contribucionero... Todas las calamidades de nuestro campo castellano, mudo, serio, igual, lastimoso, habían hecho huellas en tu corazón; y parecías irremediable...

¡Ay, la brisa nueva! Mujer: se hacen las plantas flexibles y prometedoras. Tú bajas los brazos y la cabeza, para apretar tu corazón alborozado como una campanilla azul, y mirar la senda donde pones el pie. Tierra nuestra, auténticamente nuestra y hecha de serena realidad.

¿Te acuerdas de aquella hostilidad de tu gesto, campesina? ¡Campesina de los románticos romances que con su sensiblería adornaban la ignorancia!

Tenías una luz huraña en los ojos y una huraña aspereza en la piel. Miseria, abandono, suciedad, analfabetismo, grosería, hijos sin cuento, horas de trabajo sin fin... eran tus plagas. Y al final, la certeza de deberlo todo a los señores.

Campesina. Hagamos un romance nuevo, de cándidas acuarelas, aun no vividas.

Campesina; nos hemos quedado sin los viejos señores, y el campo te sonríe como a su flor. Con los viejos señores se van el analfabetismo, la suciedad, los hijos sin cuento; y el trabajo tiene dulzuras de adolescencia. Campesina; graba en la puerta de tu casa los nombres de los nuevos señores de los campos de España:

AMOR;

LIBERTAD.

...ble. *El gran frente* de guerra, el ... *frentes en armas* con el producto *de sus cuatro cosechas*, con el traba... *o infatigable de sus* hortelanos.

Esta es una lucha menos es*truendosa*, pero es, también, heroica y decisiva.

VIDA Y HUMOR DE MADRID



Noche de agua

Todo el día ha caído una lluvia lenta, pertinaz. El horizonte cerrado al atardecer presagia una noche de agua, y el madrileño de la retaguardia, inconscientemente cruel se frota con cierto regocijo las manos.

Es una ley inhumana que hemos dado en llamar humana por amor sin duda a las paradojas. Allá en las trincheras, los camaradas se sentirán calados hasta los huesos, pasados de frío; pero aquí, en esta honda zanja que es la Gran Vía, el madrileño bendice esta lluvia, fina y lenta que enfanga las calles como si ablandara el asfalto.

¡Ah!... Apresura el paso para recogerse tempranito y antes de entrar en su portal dirige una mirada conmovida a las nubes. ¡Qué sueñecito tan estupendo! Y por anticipado se estira imaginariamente bajo las mantas, acariciado por el frío blando de las sábanas, con un gozo indescriptible. ¡Qué sueñecito! Y cena apresurado. ¡Ah, los aviones no vienen esta noche! ¡Qué bien! ¡Bendita la lluvia! Y el sueñecito viene dulcemente, el sueñecito tantas veces inconciliable aprieta los párpados terriblemente como para resistir a cualquier sugerencia de vigilia. El madrileño es feliz. Duerme.

Dos horas, acaso, de sueño. ¡Blommm! Bueno. El madrileño en un duermevela da un manotazo al aire como para alcanzar a un compañero que roncase. Luego se queda otra vez inmóvil. Como se supone que duerme sin luz no podemos verle esta cara beatífica, esta cara de hombre feliz que tiene sueños de bienaventuranza.

¡Blommm!... ¿El vecino de arriba se ha puesto a sacudir la gran alfombra del invierno? ¡Blommm! ¡Pac, pac! ¡tacatacatác!... Cañones, fusiles, ametralladoras!... El madrileño abre los ojos en la obscuridad y vuelve el oído hacia la ventana, un oído hiperestésico, capaz de captar los rumores más leves. Un ligero tic, tic. ¡La lluvia en el alféizar de la ventana! Sí, desde luego es la lluvia. Hace un esfuerzo por recordar si conoce algún santo a quien darle las gracias. Y la mano blanda del sueño vuelve a cerrarle los ojos suavemente.

¡Tacatacatác, blommm, blommm! Ese vecinito... ¡Diablos!, ¡son los cañones! Bien, pero está lloviendo; aprovéchate, madrileño; si el tiempo sigue así podrás dormir hasta las nueve, hasta las doce quizá... La lengua torpe pugna por arrastrar unas palabras mientras los ojos recién abiertos tornan a cerrarse. ¡Qué bien!...

Pac, pac, pac, tactactac. ¡Blommm! El madrileño rebulle en la cama. ¿Qué postura era aquélla que ha perdido? Estaba tan bien... ¡Blommm! ¡Blommm!

—Caray, —se tira de la cama y cierra la ventana de golpe. —Ajajá...

Pero ya es inútil; la gran alfombra suena un poco más lejos, pero suena. Nuevas vueltas por buscar aquella deliciosa postura. ¿A ver? ¡Media vuelta a la derecha! Iz... quierda, march... Por la Castellana camina confundido con un pelotón de reclutas. Un, dos; un, dos. ¡Me... dia vuelta! Un, dos... Vaya calorcito que entra con la marcha... Un, dos. ¡Uf!... despierto súbitamente, el madrileño tira las ropas de la cama y se lanza a abrir la ventana. ¡Maldito sea!... Una leve claridad apunta en lo alto. La lluvia sigue cayendo, lenta, fina, inexorable.

—Qué lástima, con una noche de lluvia como ésta—. Ahora se tapa la cabeza; no quiere ver ni oír. Aun queda tiempo. —¡Este maldito brazo que no sé dónde colocar!—. La ametralladora sigue tamborileando apresuradamente, pero los cañonazos se espacian; el furor de la batalla decrece. —¡Maldito brazo!...— La luz comienza a invadir el cuarto. —Serán ya...— pero el reloj de la memoria se desvanece... Un reposo, un bienestar infinito invade los miembros y el cerebro atormentados. La luz sigue creciendo.

¡Pon, pon, pon! De un brinco nuestro madrileño se ha sentado en la cama.

—¿Eh? ¿qué es eso?— Nada, una mano que golpea suavemente la puerta del cuarto. El camarada del alojamiento: —¡Las nueve, compañero!

El corazón galopa. De pronto, nuestro torturado madrileño se encoge de hombros y deja caer la cabeza en la almohada. Sonríe beatíficamente. Está soñando con el paraíso terrenal.

Sobre la casa vuelven a pasar zumbando los obuses que se estrellan allá lejos. ¡Blommm!

Tardecita de aviones

Bajáis por una calleja estrecha y pendiente que ha adquirido desde que la endosaron este pulido pavimento, cierta prestancia de tobogán.

Las modernas colas han absorbido las antiguas tertulias de silla enana y larga lengua que obstruían las puertas de todas las casas en estos barrios populares.

Como la guerra ha convertido las escuelas en cuarteles, toparéis a lo largo de vuestro recorrido cincuenta mil veces con cincuenta mil chiquillos que, ayudados de sus madres, le hacen la higa a Doña Evacuación.

—¿Pa' qué?— suelen decirnos—, los pajarracos vuelan hasta en Tampico, y el hambre ronda por todas partes.

¡Qué les vais a decir! ¿Tienen razón? ¿No la tienen? La lógica popular le deja a uno casi siempre perplejo.

Decíamos que bajáis por una calle estrecha y pendiente como hay muchas en los barrios de nuestro Madrid, cuando de pronto, dominando el guirigay de las colas y la gritería de los chicos, comenzáis a oír un mosconeo persistente que os llega a parecer generado por vuestro propio oído.

Las gentes empiezan a cruzar las calles con alguna prisa mirando a lo alto. Oís algunas interjecciones entre dientes: —¡Malditos marranos!— Chillan las mujeres—. ¡Juanito! ¡Pepee! Algunos chiquillos acuden dando brincos y haciendo burletas.

Una voz indignada: —Ya están ahí. Los hijos de perra...

Tres, seis, nueve trimotores negros cruzan la cinta estrecha de la calle, allá arriba. Tan bajos van que parece de temer echen a volar las tejas con el aire de las hélices.

La calle ha quedado desierta; pero de todos los portales salen naricillas empinadas como olisqueando el pedrisco.

Vosotros también os habéis metido en un portal; pero muy en lo hondo, bscando el refugio más seguro, mientras la portera abandona su mechinal rezongando como en los días de lluvia cuando la gente le embarra las losetas.

Una explosión formidable corta todas las conversaciones y levanta un revuelo precipitado hacia el interior. Luego, todos los ojos se buscan con un poco de susto y estalla alguna risa y alguna voz indignada ruge rencorosa: —¡Bestias!

Las explosiones se suceden más cerca o más lejos. La gente viene tímidamente en busca vuestra hacia lo hondo del portal. Se aprieta, se apiña poco a poco mirando con recelo al rombo claro de la puerta.

—Fíjate— dice una voz con una compunción monótona—, el padre de la Encarna está en el Hospital con las dos piernas cortadas.

—Pues en el bombardeo del otro día, en Santo Domingo, una mujer ha caído muerta desde el quinto piso a la cueva.

La conversación se generaliza con evocaciones espeluznantes en tono frío, mientras las explosiones se acercan o se alejan. Alguna vez trepidan los cristales de la casa y la barandilla de la escalera, hay revuelos de miedo subrayados después por alguna risa.

Parece que la gente se olvidara del motivo que la congregó allí y se distrajera con vulgares comadreos, cuando una voz infantil grita en la calle:

—¡Los chatos, los chatos!

En un instante os han dejado solo.

Como en una suelta de globos grotescos la gente levanta la cabeza y ríe mirando al azul.

Docenas de aviones patinan como vencejos allá arriba. Las ametralladoras agujerean precipitadamente el aire.

Las madres se olvidaron de los chicos. Y todo el mundo tiene risas nuevas, frescas, como risas de sol mezclado de agua.

Los aviones suben, bajan, brillan con un verde metálico de insectos, se escupen miles de proyectiles, zumban como abejorros.

Los chicos siguen sus evoluciones corriendo de esquina en esquina. Se dan grandes manotazos en las rodillas, doblan el estómago y ríen con verdadero alborozo.

—Le ha tocao, le ha tocao —grita un chaval siguiendo con el índice el resbalón que un aparato describe en el azul. Todos acuden a la misma esquina. Todos los ojos siguen la misma dirección.

—¡Arrea, si es verdad! Míralo, va fumando por la cola.

—¡Que cae, que cae!

En efecto, un avión —¿faccioso? ¿leal?— describe una curva vertiginosa detrás de las casas más altas.

—Fulanitooo... Se llaman los chicos, se buscan, y echan todos a correr como si corrieran al encuentro de una gran cometa derribada.

Claro de luna

La guerra ha regalado a Madrid espectáculos y emociones desconocidos. Por ejemplo: el claro de luna.

La luna en la ciudad fué siempre como un farol más en competencia con los faroles municipales. Sólo algún callejón apartado, guardando avaramente su secreto entre villanos evacuatorios, conocía esa luz dulzona que hace suspirar a los enamorados y escandalizar a los mininos.

Los poetas liliales que no querían aspirar las acres emanaciones tenían que salir en busca de inspiración a las zonas rurales y, aun así, a veces, topaban con unas perillas eléctricas que manchaban de un amarillo sucio los blancos pañales de luna.

Pero ahora la guerra nos ha descubierto esta cosa maravillosa que es un claro de luna en la urbe. Cuando los madrileños apagan afanosamente las luces pretendiendo ocultar su ciudad a ciertos pajarracos nocturnos, la luna hace juegos malabares de luz y sombra para que la noche se recree en la ciudad mordida por la metralla.

A la hora de acostarse el madrileño que va a cerrar la ventana se queda un momento embelesado mirando hacia arriba. En la ventana frontera el vecino repite la operación, y de pronto se miran y sonríen extrañamente.

—¿Qué bonita luna, eh?— Y se diría que entre ambos hubiera la complicidad de un secreto, que aquel "bonita luna" fuera una clave convenida. Luego, el madrileño se va a la cama pensando en ciertas paradojas de la guerra.

Pero apenas ha conciliado el sueño, el oído se le sobresalta. Abre los ojos en la obscuridad, unos ojos alarmados e inquietos. En la ventana la luna cuelga cendales blancos. El madrileño escucha, escucha con todos los sentidos; escucha hasta con los ojos. ¿No habéis visto nunca escuchar con los ojos? Todos los poros de su piel se abren como para absorber los ruidos; ya no escucha, palpa, toca, aparta meticulosamente todos los rumores —la guardia que pasa, el automóvil lejano, el bisbiseo de una conversación...—



¿Ya lo cazó, ya? Ummmmm... ¡Los aviones!

Se queda quieto pegado a los colchones como para formar un cuerpo con ellos. A través de los cristales ve las trompas de los reflectores que recorren la noche alta devorando estrellas sin topar con el avión.

¡Blommm!... Una explosión lejana. Rápidamente, pero con un silencio de goma, el madrileño, diestro y práctico, corta la noche de los pasillos en busca de la escalera.

¡Blommm! Nueva explosión más próxima. Va a salir... y se detiene de pronto, ¿para qué? Al otro lado está el grande e interminable cañón de la escalera propicio a la absorción de las bombas vertiginosas; y se queda quieto. La casa tiembla, canta la arquitectura de hierro. Mentalmente el madrileño calcula la resistencia de los dos pisos que tiene sobre su cabeza y se arrima despacio, como un poco avergonzado, a la pared.

Nueva explosión. El zumbido de los motores describe una espiral en torno a su cabeza, una espiral que va estrechando lentamente, muy lentamente sus anillos. El madrileño cierra los ojos y espera. Busca en la pared un resguardo al calofrío que le recorre la espalda.

¿Ahora?... La espera es interminable aunque sólo ha durado un minuto. De pronto la espiral de los motores comienza a deshacer sus vueltas.

¡Ah! El madrileño respira. Siente ganas de sacudirse el polvo de los escombros lejanos. Por esta vez no bajó al sótano. Hasta otra.

Mera

NUESTRO GRAN LUCHADOR

Cipriano Mera es aquel hombre que hace años partía su jornal con su ayudante para igualar el de los dos; el que en las huelgas resistía estoicamente los apaleos físicos; el mismo que, después de escuchar en un mitin la palabra conmovida sobre la razón de luchar, de oír una exposición clara y concreta del anarcosindicalismo constructivo y de la situación internacional, decía: "Para que a España no le suceda lo mismo que a Italia y Alemania, no basta salir de aquí convencidos; hay que prepararse para la gran batalla. Y como nuestra organización no cuenta con los medios materiales necesarios para todos, cada uno de por sí debe alcanzarlos como pueda. De la misma manera que guardáis unas pesetas para un traje o unos zapatos, podéis reunirlas para armas. La batalla contra el fascismo se acerca y hay que estar prevenidos..."

● La batalla se acerca... Cipriano Mera ha demostrado con hechos que estaba preparado para ella. Con su valor peculiar, con su entereza moral y disciplinada, ha llevado a nuestros hombres a derrotar a todo un ejército italiano. Cada uno de por sí ha alcanzado la convicción, la realidad de la victoria.

● Cipriano Mera ha dado su espíritu a los combatientes. Les ha hecho vencer, que es más que haber vencido él mismo.

canción breve del miliciano muerto

Tenía un alma tosca, de niño sin escuela;
un alma luminosa, de cielo puesto al sol;
tenía una palabra sincera, humana y fuerte
y, entre anhelos sin nombre, tenía un corazón.
Una quieta mañana de agosto, el miliciano
soñó la Libertad, la Paz... y se murió.

Amparo POCH Y GASCÓN

BRIHUEGA

● A las tres horas de marcha, descendimos del coche y chapoteando entre el barrizal buscamos el Estado Mayor de Lister. Estrechamos la mano a éste y al comandante Carlos, ya prestigiosos jefes del Ejército del Pueblo, y por su amabilidad nos fué dado calentar el yerto es ómago con un plato de sopa excelente y unas lonjas de jamón, manjar ya olvidado por nuestros paladares de madrileños de la retaguardia.

● Cerca de las seis estábamos en Brihuega; por el camino pudimos observar que se había efectuado con celeridad maravillosa la recuperación del material abandonado por los italianos; excepto algunos tanques, ya sólo pudimos contemplar los hondos agujeros hechos por la aviación en el campo; nada ya de cuanto nos había descrito el compañero que hizo el mismo camino la noche anterior.

● Mientras el coche, resoplando, contenía la inercia de su gran mole, que amenazaba rodar cuesta abajo, la vista de Brihuega, en la hondonada cambiaba por completo la situación. Ibamos a medir la talla de los héroes, a hablar con ellos y a respirar el aire del heroísmo.

● Ya de vuelta subieron al autocar dos hombres y dos nenas que habían hecho la misma ruta que nosotros, precediéndonos en un cochecillo ligero.

● Son dos nenas pálidas, de ojos azorados, que parpadean rápidamente a la última luz del sol. Estaban en Brihuega desde julio, con la abuelita; cuando supieron la llegada de los italianos se ocultaron en una cueva con otros convecinos. Acumularon cuantos víveres pudieron, y en la obscuridad, herida levemente por un candil, vivieron nueve días de angustia. Afuera sonaban los botas y los clarines de los soldados del «Duce». La mayor, de once años, habla con desenvoltura por entre los labios finos y apretados en un gesto, aun no consciente, de rencor.

● Allá abajo estaba muy obscuro. No sabían lo que esperaban; pero todos parecían confiados. El tiempo era demasiado largo y se contaban historias escalofriantes de los fascistas.

○ Cuando pretendíamos penetrar en el espíritu infantil, los ojitos azules se pierden a lo lejos y se alzan los hombros en un gesto de desorientación. Sentíamos una pena infinita por esta infancia nuestra que camina sobre charcos de sangre. Aunque sólo sea por ella, estamos obligados a la acción. Sólo por ella y para ella hay que crear una vida y una sociedad nueva, que borre de sus ojos y de sus almitas las visiones cruentas, un porvenir alegre que le compense tanto dolor.



La enorme labor del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social

Dicen que la Historia no camina a saltos. En España, sí. Siempre, y en todo, ha ocurrido igual.

Ejemplo: Los Estados modernos han creado y han ido perfeccionando una compleja actividad de amparo al desvalido, al rezagado en la marcha de la sociedad, unas veces por imperfecciones de ésta; otras, por taras y circunstancias personales. Esta actividad protectora del Estado, con el nombre de Asistencia Social, no existía de hecho en España. Ni siquiera el nombre. Al precario, insuficiente y humillante auxilio que los organismos oficiales prestaban a algunos desvalidos más o menos protegidos de la señora Marquesa, se les seguía llamando Beneficencia, equivalente oficial de lo que individualmente —y católicamente— se llamaba «caridad».

Pero surge la gran tragedia que vivimos. El radio del desamparo y del dolor que exige alivio se extiende casi al infinito. Disminuyen, aún más, el trabajo y el pan; aumentan toda clase de orfandades. Y, sobre todo esto, surge el inmenso problema de la evacuación de poblaciones íntegras, el problema de los refugiados por miles, por millones.

Paralelamente, el problema sanitario, tan abandonado en España como casi todo, agrava con las acumulaciones extraordinarias, con la escasez y extraña calidad de los alimentos, con la falta de jabón, con las aguas filtradas a través de cadáveres humanos, con los montones de escombros amontonados en las ciudades sacrificadas...

En estas circunstancias, se crea un Ministerio de Sanidad y Asistencia Social —ya no Beneficencia—. Al frente de él actúa una mujer de tan dinámica capacidad de ideales y de realizaciones como Federica Montseny. Y nuestra compañera, asistida por el trabajo enorme y por la inteligencia de otras camaradas —como Amparo Poch Gascón—, acomete los inmensos problemas de esta nueva actividad estatal recién creada en España, problemas agigantados por las circunstancias.

Y se hace frente al saneamiento de ciudades —que nunca estuvieron saneadas en tiempo normal— y se dictan y aplican los decretos que organizan la evacuación, acogimiento y régimen de vida de los miles y miles de evacuados, atendiendo a los múltiples aspectos que suscitan: economía de la región o localidad acogedora, intereses materiales y morales del propio refugiado, relaciones entre éste y la familia que lo acoge, etc.; creación de los organismos adecuados que han de regular todo esto, expediciones de niños al extranjero.

En meses, en semanas, se supera en España un atraso de siglos. Se hace lo que estaba por hacer y mucho más.

En España, la Historia sí camina a saltos.

NIÑOS

De lo que no hallan los niños en la escuela

La terrible costumbre pedagógica de meter al niño en la cabeza la mayor cantidad, sin calidad generalmente, de conocimientos, considerada a la ligera no deja de ser una repugnante manía, pero... ¿se le da, con desdeñarla así, toda la importancia que tiene en la formación del chico? Precisamente lo más importante, lo fundamental de toda educación, se descuida en definitiva, aplazándolo —cuando hay una idea ligerísima de que debe existir— para cuando el niño ande por institutos o universidades, donde, desde luego, tampoco halla el escolar lo que es más necesario a su formación: los medios de verterse al exterior, de manifestarse, de sacar afuera su mundo, el que trajo y el que adquirió. No facultado de medios propios para extraverterse, el muchacho sólo aprende lo más sencillo y adocenado: a repetir canoramente todos los postulados que la ciencia tiene y que si son hermosos es porque nos ayudan a encontrar otros por nosotros mismos. Aun en el joven menos creador, podemos desarrollar la facultad de manifestarse a lo exterior; de interpretar el mundo con procedimientos tangibles: literatura, dibujo, pintura, música. La educación consciente no atiborra de instrucción, en primer lugar, sino que faculta para adquirirla. ¿Qué más da que un chico de doce años sepa ya muy bien el teorema de Newton, o el de Pitágoras, o el de Arquímedes, si no sabe expresar lo que siente cuando se encuentra ante la Naturaleza, o escucha armoniosas canciones, o medita, sencillamente, sobre su pequeño mundo importantísimo?



Enseñar a manifestarse: ¡ésta es toda una ciencia, maestros! Pero ya sé que todos no somos capaces de ella, y que, por lo tanto, no podemos trasvasarla a nuestros pequeños aprendices. Será necesario renovar con toda urgencia a aquellos jornaleros de la enseñanza, substituyéndolos por seres que se entreguen a ella con el mismo entusiasmo que el pintor a sus óleos y el poeta a sus poemas. Enseñar cómo se hace Música: por Arte. Y que no haya por medio una satisfacción económica por enseñar. Que se subvenga a todas nuestras necesidades, porque sí; pero no por enseñar. Mientras no se destierre la costumbre de malpagar a los maestros y sea esta carrera una cosa ridículamente lucrativa, como lo es, nadie se acostumbrará a considerarla como un sublime sacerdocio, indispensable cuestión si queremos que la obra alcance la altura y la belleza que merece y precisa.

Es decir, concretando: que tenemos la convicción y la EXPERIENCIA de que se alcanzan resultados prodigiosos en el espíritu infantil, en su inteligencia, con el que llamaremos método (fea designación, pero hay que sintetizar) de ayuda a que cada uno saque de interior las luces de que está provisto. ¿Qué duda cabe que el dibujo y la literatura son medios formidables? Claro que nadie incurrirá en la ingenuidad de creernos tan lejos de la realidad que esperemos "creaciones" de los educandos. Lo que esperamos y encontramos, son interpretaciones de sus percepciones, de sus intuiciones. Enseñar el Mundo, mostrar sus tesoros, y pedir al niño (no con imperativos categóricos, ¡fríos!) que nos *cuente* qué piensa de lo que ve, oye, huele, toca y gusta. Que nos lo diga de palabra, acostumbrándose así al diálogo, supremo bien que nadie, ¡nadie! debe eliminar de su vida; y que luego nos lo escriba, nos lo pinte... Veremos cómo hay quiénes repiten fielmente las circunstancias, sin belleza, monótonamente; cómo hay quiénes las "re-crean"; cómo hay otros que las olvidan; cómo hay otros que las inventan. Y cómo hay otros que... ¡ni las ven! ¿Dónde está, entonces, el maestro? Pues a él compete, directamente, la maravilla de aprovechar, de encauzar todas estas manifestaciones.

La fantasía, la imaginación, la observación, la fidelidad a los temas, la improvisación... todo un mundo mágico se nos dilata ante los ojos... Nuestro deber de seres más enterados del proceso humano, nos obligará a no perdernos en nuestra propia gloria y éxtasis; y a no perder a los chicos, tampoco, en un Mundo todo así; no perderemos de vista la instrucción, la cultivación, la facultación. Estableceremos un equilibrio divino que nos devuelva, lúcida, aquella hábil sentencia clásica tan maltratada por los profesionales: *mens sana in corpore sano*.

¡Ya sé que habrá que dar un esbozo de métodos! Se darán, naturalmente, para uso de los que todavía necesitan los errores de los demás para hallarse a sí mismos. La palabra método es inadecuada, primero; porque como de tipo creador, en este menester juega un mucho la inspiración, la intuición. ¡Que nadie sin fantasía, sin intuición, sin inspiración se crea maestro! Con esta advertencia hay mucho demostrado de nuestros desvelos teóricos y de nuestras observaciones prácticas.

FLORENTINA

MUJERES MADRILEÑAS:

Aunque os duela en vuestra decisión heroica, en vuestros hijos y compañeros clavados en los frentes que rodean Madrid, hay que salir de la capital, colmada de peligros y escasa de alimentos. Todo Madrid es hoy avanzada de guerra; todo el que allí no lucha con las armas o con un trabajo o con una misión estrictamente de combate, estorba.

Mujeres madrileñas: Sois un problema más en la defensa de Madrid. Eliminad este problema trasladándoos a Levante.

REFUGIADOS

María y Rosa acompañan a su madre. Las tres son refugiadas del Sur. El Comité les ha asignado dos habitaciones en una casa lujosa. Las llevamos hasta ella y, al entrar, se quedan extasiadas ante los muebles suntuosos y la magnífica lámpara veneciana. María se dirige de pronto a la pared y en ella resbalan sus dedos con un afán de curiosidad. —¡Pero, si es de seda! —dice con el mayor asombro—. Sí, sí, de seda; no cabe duda.

Nos despedimos de ellas para dejarlas descansar y les prometemos una próxima visita.

Las chicas tienen dieciocho y diecinueve años, han llegado con lo puesto y lo puesto se va haciendo cada vez más imposible.



A los pocos días volvemos a verlas y las hallamos conpletamente transformadas. Unas blusitas coquetonas dan gracia a la cabeza bien peinada. Buscamos el motivo de aquella transformación, y la pared nos lo indica: las sedas son de su mismo color y deducimos que han sido arrancadas de un ángulo de la habitación. Las muchachas, al verse descubiertas, se echan a reír con toda su alma y nos explican:

—Tenemos telas para dos cortes de vestido, además de las blusitas que nos hemos sacado. ¡Lo guapas que nos vamos a poner este verano! —nos dicen llevándonos ante el muro despojado—, porque debajo de esta seda azul hay otra, aún, más bonita. ¡Qué gente ésta! ¿Para qué equiparían las paredes así? A mí que no me digan que esto es una casa ni un refugio. Esto es, sencillamente, una cantera.

MUJERES HEROICAS

Un barrio cualquiera del Madrid obrero y un hogar cogido al azar de entre miles, ya que la vida de esta madre recoge y sintetiza el vivir de las mujeres madrileñas.

Por una habitación de una casa de la Plaza de la Cebada se pasea de un lado para otro una mujer aún joven, de finas líneas y ojos tristes. Está inquieta. Por la escalera se oyen voces infantiles. Dos lindas cabecitas asoman por la puerta y gritan:

—¡Mamá! Ya llegaron las patatas. Baja pronto, que Pedrito te guarda la "cola".

—¡Ya voy, demonios! Y tú, Juanín, ¿cómo te has puesto tan sucio? ¿No sabes que no tenemos jabón?... ¡Ay, qué pejiguera de chicos! Bueno, entrad y encima de la mesa tenéis un cacho de pan y un poco de leche. Coméroslo.

—¿Y tú, ya has comido?

—Sí... Es decir, no tengo gana.

La madre se envuelve en un mantón y, ligera, desciende las escaleras.

En la calle hay una algarabía de mil diablos. Las mujeres, nerviosas de tan largas esperas, se alborotan por la más leve cosa. La madre aguanta estoica un plantón de cinco horas. Salió a las diez de la mañana y regresa a su casa a las tres de la tarde.

Los chavales, después de jugar con las cacerolas y saltar encima de las camas, han dejado la casa hecha una pocilga. Y lo peor es que se comieron el pan y se bebieron la leche y...

¡demonios de chicos, ya vuelven a tener hambre!

Al poco rato, la familia se halla comiendo las patatas logradas. La madre, como de costumbre, está desganada y mira cómo engullen sus pequeños.

—Mamá, ¿cuándo vendrá el padre?

—No sé, hijo mío, pero creo que vendrá pronto.

La madre, lentamente y con disimula, lleva los platos a la cocina; deja caer una lágrima y piensa: no seas necia; otros tan bravos y tan buenos como tu Pedro han caído y caerán. No hay que afligirse. Sólo a costa de sangre y sacrificios lograremos vencer a esa canalla.

Después, compone su rostro y vuelve hacia donde parlotean sus chicos.

—Mamá, el abuelo Juan dice que los hijos de la señora Petra se los llevan a Alicante. Dicen que allí no se oyen tiros y que los chicos pueden comer todo lo que quieren. Nos han dicho que si tú nos dejas, podríamos ir todos juntos.

—¡Bueno, no me deis más la tabarra! Ya veremos. Ahora, bajaos un poco al patio y dejadme que descanse.

La madre reclina la cabeza sobre la mesa y dormita agitada por pesados sueños.

Se oye el zumbido de los aviones. Las explosiones suenan muy cerca. La madre, aterrorizada corre a la calle. ¡Ay, madre mía! Pero sus hijos están allí, cobijaditos bajo el portal, con sus caritas lívidas de pánico.

En la calle se oyen lamentos y gritos desesperados. La madre se dirige a ver de dónde parten y de quién son. Ha caído una bomba dos casas más abajo, en casa de la Teresa, que corre dando alaridos, con su pequeño en brazos chorreando sangre.

La madre regresa a su portal, coge a sus pequeños y sube hacia el piso. Se sienta y medita. En seguida llama a su Pedrín y le dice:

—Hijito, ve a casa del abuelo Juan y de la señora Petra. Vais a marcharos con ellos a Alicante.

Los autocars están llenos de niños entre alegres y llorosos. Las madres, desde abajo, alargan sus manos hacia sus pequeños para abrazarlos una vez más. La madre de Pedrín todavía tiene a sus tres hijos en el suelo. Vacila. Un camarada pasa y los sube al coche. La madre le deja hacer. El dolor la aturde, pero no quiere llorar delante de sus nenes. Luego, resignada, murmura: ¡No, a ellos no hay que sacrificarlos! ¡Que se marchen!

Ya se fueron los peques. La madre penetra en su hogar, quieto, desarreglado, frío. Ahora ya es libre. Sale otra vez a la calle; va a ofrecer su trabajo a la causa antifascista.

Es de noche. Madrid, completamente a obscuras, ofrece un aspecto inquietante. De los frentes cercanos llegan hasta el centro los estampidos de las bombas y la fusilería. En cortos intervalos el cañón retumba sobre la ciudad envuelta en tinieblas. Los facciosos lanzan sobre Madrid su feroz bombardeo de revancha.

Las bengalas iluminan su radio de acción con claridades diurnas. Los reflectores nuestros, con sus ojos monstruosos y sus caminos de luz, localizan los pajarracos facciosos. Las baterías antiaéreas del pueblo disparan contra los aviones. Envuelto en llamas cae un avión faccioso.

Sobre el asfalto de la calle, la madre yace muerta. La metralla la tendió de bruces en aquel suelo que ella no quiso abandonar; en aquel suelo tan querido en que vió florecer la certidumbre de la victoria.

KIRALINA



VOLTAIRINE DE CLEYRE

(Mujeres revolucionarias)



Nació en Chicago en el año 1866. Hija de una familia burguesa y extremadamente religiosa, ingresó desde muy niña en un convento con el propósito de que se educara para ofrecer sus aptitudes cultivadas al Dios católico.

Voltairine desmostró en el convento poseer una gran capacidad para el estudio, que, unido a su sensibilidad delicada, prometía hacer de la niña inteligente una gran mujer.

Mientras ella estudia, reza y se desarrolla, los Estados Unidos se iban agitando por la palabra y por la pluma del gran pensador anarquista Johann Most. La rebeldía iba en auge. En Boston aparecen dos revistas, *The Anarchist* y *Socialist Revolutionary Review* y un año más tarde, *The Alarma*, periódico de combate que dirigió Parson. Las concepciones libertarias encuentran variedad de interpretaciones, hasta que en una reunión de diversas tendencias celebrada en Pittsburg lograron refundir estos diferentes criterios en una fórmula que elaboró Most sobre la base del Colectivismo Anarquista.

Hacia aquella época, la población obrera de Chicago pasaba por un momento de fuerte efervescencia contra sus déspotas. *The Alarm* proseguía su campaña de agitación. Las huelgas se sucedían con frecuencia. Spies Parsons, Engel Linng y Fieldenn intensificaban su cruzada en pro de la jornada de ocho horas, y fué entonces cuando se produjo la memorable fecha del 1.° de mayo.

Se celebró un mitin en Haymarket, en el que tomaron la palabra los compañeros citados anteriormente, y tuvo aquel acto memorable un epílogo trágico, ya que los oradores fueron condenados a la horca y ejecutados.

El proceso de Chicago apasionó en aquel tiempo a todas las clases sociales, y Voltairine se interesó por el temple moral y la actitud magnífica de aquellos hombres.

Entonces abandonó el convento y, orientada por el escritor Dyer D. Lum, se apartó del mundo del convencionalismo en que había vivido y se lanzó abiertamente por los caminos de la lucha y de la propaganda de las ideas anarquistas.

Max Netlau, en su libro *La Anarquía a través de los tiempos*, dedica a Voltairine las siguientes frases: "Ella fué la más bella flor de la evolución libertaria entre los americanos que, sin preocuparse de las escuelas socialistas y anarquistas europeas, trataba simplemente de llegar al máximo de libertad, de solidaridad y de sentimiento revolucionario y abnegado a favor de los trabajadores explotados, de las mujeres enfeudadas en las costumbres de la familia y de los pueblos sometidos a los gobernantes."

Con una energía infatigable se dedicó a dar conferencias por todo el país, sin descuidar su labor educadora de niños. Escribió infinidad de artículos en la Prensa y publicó varios folletos, entre ellos el titulado *Anarquismo*, donde sintetiza su criterio de armonizar las diversas tendencias del Anarquismo.

En 1902, Voltairine regentaba una escuela en Filadelfia, a la que concurría un joven compañero que se enamoró de ella y que, al no ser correspondido, en un momento de obcecación salvaje, le disparó un tiro en la cabeza.

Después de este trágico suceso nuestra compañera se resintió bastante de su salud. Durante unos años vivió torturada por un proyectil que tenía alojado en la cabeza. Finalmente, y a causa de esto, falleció en 1912, a los cuarenta y seis años de edad, en plena madurez de su inteligencia y de sus actividades por la causa del bien y de la libertad.

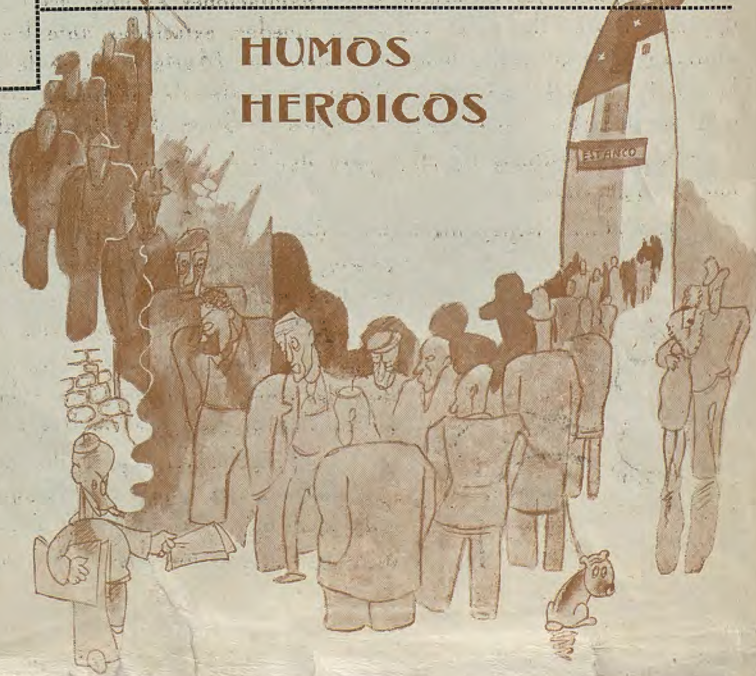
PROBLEMA DE HIGIENE, PROBLEMA DE SALUD

Entre los problemas del abastecimiento hay uno que reclama la máxima atención, pues su descuido es indudable que acarrearía consecuencias funestas; nos referimos a los artículos de limpieza e higiene.

Para nadie es un secreto que ha comenzado a escasear el jabón. Habrá quien sonría pensando sencillamente: un problema más para las amas de casa. Sin embargo, hay algo más serio en esta realidad, y conviene que, quien deba, tome resoluciones rápidas.

Un hombre civilizado pasará mejor sin comida que sin jabón. El jabón — no se sonría nadie — ha elevado en muchos grados el sentimiento de la dignidad humana. Un hombre hambriento conservará mejor su dignidad que un hombre mugriento y haraposo. El hombre que no puede asear ni cuidar su persona, acaba por encogerse de hombros ante muchas cosas; pierde el respeto a sí mismo y no vacila en perdérselo a los demás Y como por añadidura el problema de la higiene es un problema de salud, creemos que la falta de jabón puede acarrear verdaderos conflictos.

En este sentido consideramos que debe tomar medidas rápidamente el Ministerio de Sanidad.





No son bonitas, no, las habitaciones repletas de bronces, lámparas y sillerías doradas.

El 19 de julio ha instalado a familias de obreros en casas que pertenecieron a reaccionarios ricos y, por lo general, de mal gusto. Les falta a estas viviendas el alma sencilla del bien escoger. Conservan el signo de lo cuantitativo costoso, de lo asequible almacenado.

Los palacios, con sus tapices, cuadros y escalinatas, tampoco son bonitos: guardan tradición enjuta, no tienen intimidad, parecen museos.

Es natural que las familias obreras se maravillen ante estas viviendas y las crean de un país de hadas, aunque en verdad no sean nada cómodas ni optimistas. Sus casas tampoco lo eran. Pero esta mala preferencia, este asombrado desconocimiento pasarán pronto: en cuanto se hayan habituado, en cuanto puedan comprobar su error. Nosotras contribuiremos a que esto llegue cuanto antes. Describiremos el encanto de unas paredes de colores suaves —gris, gamuza, verde—; la gracia de unos muebles de líneas simples, muebles sencillos e imprescindibles. Suprimiremos el comedor; comeremos en una mesa a gusto nuestro y donde queramos; hablaremos de las cortinas baratas y alegres, de las habitaciones altas, aireadas y luminosas.

Nosotros ayudaremos a la transformación, ayudará el arquitecto con un nuevo concepto y el niño con su júbilo y la luz con su sol.

Entonces cerraremos los palacios y las casas recargadas, y abriremos una ilusión de vivienda moderna, serena y optimista.

El niño asesinado

(Romance pequeñito)

Corría la bala
y decía al viento:
—¿En dónde me clavo
para dar más duelo?
El niño jugaba,
soñaba sus juegos.
— Pues ¿qué era la guerra
con sus hombres fieros?
Corría la bala...
—¿Dónde irá mi hierro
traidor y asesino
por ser más certero?
El niño soñaba,
jugaba sus sueños
— Pues ¿qué era la guerra
si estaba tan lejos?

Capullo temprano,
cortado y deshecho,
fruta no madura
robada del huerto;
los ojos cerrados,
los labios resecos,
los brazos tendidos...
¡está el niño muerto!
Un interrogante
se mecía al viento:
¿Qué es lo que han matado,
poeta, guerrero,
atleta famoso,
hombre justiciero?,
¿cruel?, ¿bondadoso?,
¿compasivo?, ¿fiero?,
¿egoísta?, ¿humano?,
¿cobarde?, ¿sincero?,

Pues ¿qué era la guerra
si estaba tan lejos?...

A. P. G.

¿Por qué se alega, para poner en vigor el decreto sobre la exportación de patatas, que hay necesidad de exportarlas para conservar los mercados?

Cuando se paralizó la fabricación de medias de seda porque era artículo de lujo, no se tuvo en cuenta que se perdieran los mercados, ni que aquel artículo de lujo nos facilitaba, a cambio, la adquisición de carbón. Quizá influyera en este acuerdo del Gobierno la campaña para la socialización de la Industria.

MENOS HACER QUE SE HACE Y MAS VIVERES A MADRID

Cuando se llega a Madrid desde una ciudad de retaguardia, uno se pregunta qué ha sido del producto de los asaltos bote en ristre a los tranvías, metros, cines, cafés y oficinas con la simpática salmodia de "¡Ayuda a Madrid!", "¡Víveres para Madrid!", "¡Semana de Madrid!", etc. Porque la verdad es que allí no llega, a no ser los obsequios del proletariado internacional que, a veces, puede lograr el proletariado madrileño a un precio más o menos razonable. ¿Y para esto tantas llamadas periodísticas, tantos carteles, tantas subscripciones domiciliarias, tantos mítines y tanta gasolina consumida en camiones cubiertos de letreros de solidaridad?

¡Menos juego político con el sacrificio de Madrid hambriento y a ver si los madrileños comen siquiera los domingos!

El comerciante es inmortal. Sobrevive - y sobregana - en todas las circunstancias y sobre todas las tragedias

El problema de la alimentación

Ya no es sólo de Madrid el problema de la alimentación. Ya es algo más que una dificultad de transportes hasta la ciudad mártir. Se trata, sencillamente, de una falta de previsión o de una confesión de incapacidad.

El Gobierno ha arrebatado a las organizaciones obreras el derecho de organizar la producción y el consumo, a administrar el abastecimiento, y a la hora presente no cuenta en la solución de este problema más que fracasos.

La vida ha alcanzado grados de carestía inconcebibles; en algunos artículos se acusa un alza de 500 por 100 y no se ve una sola acción de Gobierno encaminada a poner arreglo en este estado de cosas. Los intereses usurarios de los especuladores siguen intocables hoy como antes del 18 de julio.

Se piden al pueblo sacrificios y más sacrificios para ganar la guerra, se le pide hasta el sacrificio de la Revolución. Lo ha dado todo: sangre, vida, hogar, sin recibir nada en cambio. ¿Es demasiado exigir que se pongan los cinco sentidos en el problema del abastecimiento? ¿Hasta dónde se quiere llevar el sacrificio de las clases populares? ¿Si no es en nombre de una justicia social que reparta el pan por igual para todos, en nombre de qué va a hacer la guerra?

Denunciamos los grandes sueldos que crean el privilegio y la desigualdad; denunciamos la especulación; denunciamos la nueva aristocracia burocrática y militar; denunciamos la ineptitud y la indiferencia, porque en todo esto se fundamenta el problema de encarecimiento de la vida; porque en todo esto se asienta la continuidad de los pobres y de los ricos.

Y exigimos que el problema de los abastecimientos sea colocado en primer lugar entre los problemas del día, porque un pueblo hambriento no ganará la guerra.

PALABRA Y LETRA DE LA REVOLUCION

León Felipe

León Felipe es el poeta español que ha andado siempre por el Mundo buscando a Don Quijote, que él creía que se había marchado de España. De tarde en cuando, un eco, una promesa de aventura heroica le hacía creer que "nuestro gran camarada Don Quijote" había vuelto al solar, y él volvía también. Tal ocurrió, por ejemplo, cuando se instauró la República. León Felipe comprobaba que *aquéllo* no era Don Quijote y se volvía a marchar. El 19 de julio, León Felipe explicaba en la Universidad de Panamá una cátedra de español retribuída en dólares. Ahora sí que no se podía engañar. Y aquí está. Todavía encuentra demasiados duques y se tropieza a veces, y demasiado cerca, con el tartufismo. Quizá el ambiente y las directrices y las "consignas" —y las insignias— de Valencia comienzan a irritarle un poco. Pero ahora no se va: viene a Barcelona a comprobar lo auténtico posible de una Revolución típicamente ibérica —"hecha de esencias comunales y anárquicas"— y decir, con una libertad y ante una comprensión que acaso le negó otro ambiente, su tremendo y magnífico poema revolucionario. Las Oficinas de Propaganda C. N. T.-F. A. I. —de esta organización "ausente del frente cultural"— le comprenden, le valoran, le ofrecen la tribuna del Coliseum y le presentan al pueblo, al pueblo tan entrañablemente suyo, al que León Felipe dice unas cosas tan fraternalmente duras, tan duramente humanas.

León Felipe es nuestro. Lo ha sido siempre.

"Nueva Cultura"

Esta revista valenciana que antes de la Revolución publicaban intermitentemente un grupo de intelectuales bajo la inspiración de la política comunista, reaparece ahora investida —sin duda por el influjo del ambiente militar— de grados, insignias, mando y suponemos que la correspondiente retribución oficial. Se ha convertido en órgano de la Alianza de Intelectuales Antifascistas y ostenta la jerarquía necesaria para discernir aprobaciones y censuras. Y conste que, objetivamente y en conjunto, nos parecen justificadas las que se refieren a algunas publicaciones que nos son afines. Podríamos, sin embargo, objetar al insigne profesor Andrés Gaos que la C. N. T. no ha estado deliberadamente y por principio ausente del ambiente cultural. Es el ambiente cultural —mejor dicho intelectual— el que no sintió la necesidad de acercarse a una organización que encarnaba a la mitad del proletariado español, abandonado de la cultura y no alejado de la cultura.

"Companya" (Revista de la dona)

Hemos recibido el último número de esta nueva publicación. Son de admirar sus cualidades materiales —papel e impresión— y su equilibrado eclecticismo. Le deseamos —cordialmente— que, además de una posición acertada en los problemas de la guerra y de la unidad, enfoque el de la mujer en su raíz, contribuyendo a emanciparla de la dictadura de la mediocridad.

"Tiempos Nuevos"

Es una publicación que se hizo a sí misma y que llegó a ser, por su contenido, una buena revista. Últimamente había perdido categoría porque los encargados de hacerla tuvieron que dedicarse a hacer la Revolución en el terreno práctico. Mientras tanto, los intelectuales, los que ni por un momento han abandonado la buena literatura han pretendido la exclusiva de las buenas publicaciones.

Ahora, a pesar del esfuerzo que sigue exigiendo la Revolución, y precisamente porque es necesario enfrentarse con la contrarrevolución, hay que enfocar algunos problemas desde la altura y con la amplitud que requieren. Para ello, desde el próximo número, *Tiempos Nuevos*, saldrá con el contenido, el formato y las calidades tipográficas de una gran revista.

Exposición de obras de Arte salvadas por la C. N. T. - F. A. I.

Una prueba más de que la C. N. T. y la F. A. I. no son ese vendaval salvaje y destructor que creen los ingenuos y aparentan creer los nada ingenuos.

Se trata de una selección acertada de artistas y de obras. Está bien organizada y bien orientada. Hay un magnífico cuadro de Rusiñol, entre otros varios del mismo autor; otros del gran Nonell, algunos de Togores, de Mir, de Juan Luis, Casas, Amat, Sorolla, etcétera, y un valiosísimo exponente del escultor Manolo.

Mujeres Libres emprende una cruzada contra el analfabetismo desde los sindicatos, en el instituto mujeres libres por los pueblos. Esperamos la colaboración de todos en esta gran cruzada

¡AYUDADNOS!

¡Compañeros todos, de mucho o poco saber, pero de buena voluntad!

Terminar con el analfabetismo es una misión alegre y gigantesca de la Revolución.

¡Hombres y mujeres! Impulsad nuestra labor contra el analfabetismo.

¡Técnicos! Colaborad moral y materialmente en esta cruzada.

¡Sindicatos! Incorporaos a nuestro trabajo.

¡Intelectuales! Sumaos a nuestra obra.

¡Estudiantes!



Redacción

Lucía Sánchez-Saornil
Mercedes Comaposada Guillén
Amparo Poch y Gascón

Teléfonos Madrid 21668
Barcelona 22050

Administración

Barcelona: Plaza de Cataluña, 4
Madrid: Pi y Margall, 14

Núm. 8

30 cts.